

---

## CAPÍTULO VII.

### El mes de Mayo con sus muertos y con sus problemas.

Quando las yemas de los árboles reverdecen y el arpegio de las avecillas resuena en el florecimiento hermosísimo de la estación primaveral, debía la muerte suspender su terrible ministerio, y no asomar la hueca y huesosa calavera, la fría y triste segur, entre las ramas olientes, y los nidos poblados, y las mariposas multicolores y los coros alegres y la exuberancia de vida, que rebosan los pechos ubérrimos de la próspera Naturaleza. Mas ¡ay! mientras por los clarísimos bordes del horizonte llegan las viajeras golondrinas, por los negros bordes del sepulcro parten los amados amigos. Ninguno de aquéllos á quienes lanzó de nuestra patria la reacción borbónica el año sesenta y seis, y que, refugiados en París, hallaron á sus dolores dulce consuelo y en su destierro segura hospitalidad por las orillas del Sena; bajo la sombra de los altos árboles, entre los cuales se destacaban las torres de góticas iglesias y los áticos de

regios palacios, en los bosques de Saint-Cloud, habrán olvidado la casa-museo de Arosa, que nos mostraba por sus ventanas la inmensa extension de la capital de Francia, sin límites en el horizonte sensible como las superficies el mar, y nos retenia en sus salones con la variedad riquísima de los objetos artísticos, pertenecientes á épocas y á razas diversas, que, colocados por mano experta y divididos y clasificados por consumada inteligencia, hacíannos palpar en aquella historia tangible la impalpable idealidad.

¿Quién habrá, despues de tratarle, desechado de su memoria el recuerdo de aquel Gustavo, segun familiarmente le llamábamos, artista de primer orden, consagrado como un sacerdote al culto religioso de la belleza en su manifestacion más ideal y más divina, en su manifestacion artística? Hijo de un español, emigrado liberal del ventitres, quien hablaba su lengua castellana tras sesenta años de residencia en Francia, como los hidalgos más castizos de la vieja Castilla, doctores y maestros en analogía y en construccion, habia heredado Arosa de sus abuelos paternos el romanticismo natural á nuestro genio, como habia recibido de su cuna y crianza parisienses la gracia de frase y la claridad de inteligencia, verdaderamente áticas, por lo esculturales y lo armoniosas. Mi amigo Julio Claretie ha llorado su muerte y descrito su

ingenio en las columnas de *El Tiempo*. Casi todos los hombres ilustres de la capital francesa lo trataban y lo querian. A cada paso y á cada instante tropezábamos á su lado con Doré, Cliampfleury, Gounod y otros innumerables, los cuales iban á una en demanda de historias, erudicion, arqueología, indumentaria y otros ramos del saber, prodigados por quien pasaba su vida entre las copias de Velazquez y de Goya, cuyo realismo le recordaba la patria de sus progenitores; en casa, donde las paredes relumbraban á los toques metálicos de las fuentes hispano-arábicas y á los relieves mágicos de nuestros antiguos bargueños; con los versos de Racine y de Lope á la continúa en los labios; ora dibujando los bajo-relieves de la columna troyana, ora componiendo las porciones maltrechas de un mueble viejo; dado á las letras y á las artes en aquel museo regocijante, como un sultan oriental en el harem se da entre las esencias de sus pebetes á los ensueños de su amor; despidiendo á torrentes, de sus labios inagotables, las ideas nuevas, y perfeccionando con sus manos diestras y habilísimas los varios objetos, en los cuales se cristalizára de cualquier modo una hermosa y verdadera inspiracion.

Gustavo preferia entre los antiguos poetas á Lope, Calderon y Shakespeare, como entre los modernos á Víctor Hugo y á Zorrilla; pero, á fuer

de buen frances, tras la guerra franco-prusiana borró al gran poeta sajón de su calendario, diciendo que los triunfos y predomios de las razas germánicas eran debidos al continuo loor sin tasa prodigado á sus obras, áun la más imperfecta, por los heleno-latinos, verdaderos dispensadores de la inmortalidad, y llevado á ciegas de tal sentimiento patriótico, ponía las correctas, pero artificiosas tragedias romanas de Racine, como Germánico, sobre las profundísimas de Shakespeare que han resucitado á César, Antonio y Cleopatra. Bien es verdad que la guerra de los alemanes ha devorciado hasta las almas despues de haber dividido á los pueblos aquende y allende las orillas del Rhin. Iba yo cierta mañana, en Normandía, por las dunas del austero Etretat, hablando con el célebre filósofo Vacherot de las cosas del alma, y no pude contener mi asombro al oírle decir que ántes de la guerra franco-prusiana pertenecía por completo á la escuela de Hegel, y despues de la guerra franco-prusiana pertenece á la escuela de Spencer. Por involuntario movimiento de mi espíritu pedí á Dios que no hubiera bélica ruptura entre Inglaterra y Francia, pues faltaria entónces asilo y refugio en el mundo al pensamiento de un filósofo. Mas Gustavo era un artista excepcional, y debia dirigirse por sentimientos y no por reflexiones ó raciocinios. Y ningun sentimiento en su corazon

estaba tan vivo como el patriotismo. Amaba la Francia de su cuna y de su educacion ¡ah! con la ceguera propia del verdadero amor. Esta ceguera, sugerida por los llamamientos del corazon al cerebro, inspirábale, ya en su madurez, aquella derogacion parcial de las ideas profesadas en toda su juventud. Mas, aparte tal honrada inconsecuencia, Gustavo Arosa permaneció fiel siempre al romanticismo y á la República. Eran de oír sus temeridades continuas de palabra contra el Imperio cuando decirlas costaba muchas veces y á muchos republicanos incómodo viaje á Cayena. Eran de atender los recuerdos de sus batallas literarias en favor de los románticos franceses contra los académicos y en favor de los libre-pensadores contra los jesuitas. En la grande alma de Gustavo se confundian el amor al arte con el amor á la libertad, y juzgaba incapaces de amar la belleza verdaderamente artística á los incapacitados de sentir las grandezas del gobierno republicano y del elemento democrático, los cuales deben ser queridos como los querian los más cultos de los hombres, los atenienses en los antiguos tiempos y los florentinos en los tiempos modernos.

Parece que le veo todavía en su estudio de Saint-Cloud, allá, por un desvan de pintor, desde cuyos ventanones descubriáanse, destacándose, como engarzados en el Sena, y á guisa de joyas en su

montura, precedidos por grandes bosques y jardines que combinaban la naturaleza con el arte, los monumentos artísticos de París, el Arco de Triunfo romano, el Panteon helénico, las torres góticas de Nuestra Señora y de la Santa Capilla, bogando en las brumas del horizonte como naves que conducen almas por la inmensa idealidad, y alzándose á una erguidos sobre los pesados paredones y el triste conjunto de las vulgares casas, como se alzan, erguidas sobre los intereses vulgares, las inspiraciones y las ideas, esas cimas eternas de lo ideal y de lo artístico. Aquí un caballete, con cuadro á medio terminar trazado por la diestra mano de su hija Margarita; más allá un volúmen in-folio, donde se acababa de buscar la noticia necesaria para cualquier memoria ó libro; en los pavimentos la oscura alfombra persa unida con la vistosa y multicolor árabe; por las paredes, junto al maceton de flores, la estatuilla de Sajonia, la jarra de Talavera, el plato de Sèvres, la bandeja esculpida por los artistas del Renacimiento, el bote de Alcora, el porron de Cataluña, el vidriado de antigua Venecia, parecido á piedras preciosas, el joyel mudejar, las grandes riquezas del antiquario, comentadas por fotografías, acuarelas, copias, dibujos, que reproducian las primeras bellezas artísticas del mundo y os llevaban, como á un viaje de circunnavegacion ideal, en torno de la historia.

Yo iba mucho á su casa, por mi amistoso afecto á su hija primogénita María, parisiense y española como su padre, jóven distinguidísima por la hermosura y por el ingenio, á quien todo Madrid conoce, como mujer que es de nuestro compatriota Calzado, cuyo hogar, lleno de niños preciosos, españoles todos, puede llamarse allá en París templo erigido á la patria, donde siempre se guarda una capilla de consagracion á mi ardiente y exaltado patriotismo. Así, cuando en las noches del invierno de nuestro destierro, tras largos dias sin sol, llegábamos al palacio de Saint-Cloud, despues de haber respirado tanta niebla, lo primero que nos recibia era el cuadro de Velazquez, por cuyo plano cabalga el príncipe D. Baltasar, esclarecidos el damasquinado de sus adornos y el color claro de su banda á la luz vivísima de Madrid, la cual, rebotando en la nieves del Guadarrama, tiende su manto áureo sobre los paisajes luminosos del Pardo y la Moncloa. ¡Oh! Despues que habiamos contemplado esta obra maestra y recibido por todos nuestros poros, como un baño fortificante, aquel éter que los nervios recogian del efluvio misterioso esparcido por las irradiaciones del arte, nos sentábamos á la provista mesa, departiendo en la lengua materna sobre las cosas y las noticias de España. Una noche de esas en que los horizontes se oscurecen y cierran al emigrado, parecien-

dole que no volverá jamás á ver la patria y su cielo, el hogar y los suyos, la tumba de los antepasados, las aras del parentesco y amistad natales, recitaba yo de memoria el inmortal romance de Góngora *Oh sagrado mar de España*, y conforme iba en su recitación subiendo, anudábase la voz en mi garganta, y lágrimas, mal reprimidas, caían de los ojos asombrados por amargo desconsuelo. ¡Ay! Jamás olvidaré las reflexiones, en aquella noche y en aquel dolor, de nuestro Gustavo, cuya grande alma, henchida de inspiración, habrá visto allá en el cielo, frente á frente, los sublimes ideales por los que ha sentido religioso culto siempre aquí en la tierra.

Otro muerto ilustre lloran hoy las letras y las ciencias, Eduardo Laboulaye. Quien, llamándose demócrata en los tiempos nefastos del Imperio, cuando Francia yacía envuelta en la mortaja del cesarismo, y la prensa dirigida por los fruncimientos del entrecejo de César, y la tribuna vacía bajo la pneumática reglamentación imperial, nos leyera y saboreara el *París en América*, libro popular sugerido por el númen de la libertad y consagrado á la difusión luminosa del pensamiento republicano y parlamentario, en oposición al bonapartismo y su dictadura; quien, llamándose demócrata, repito, por aquella sazón y oportunidad, no admirara tan oportuno libro, debía dejarse de servir la

causa del pueblo é irse de grado á incorporar con los lectores y custodios de la omnipotente dictadura, tan adversa de suyo á la conciencia y á la libertad. El *París en América* nos movía, con sus animados diálogos, con su interesante dramática, con sus varias noticias, con sus sabias reflexiones, al entusiasmo por el individualismo, por el derecho personal, por el Parlamento moderno, por el régimen democrático, por la República, y como todos los libros correspondientes á incontrastables necesidades del alma, se difundía por millones de ejemplares, llevando á las inteligencias luz y á los ánimos calor, en aquella terrible desolación, fe y esperanza. El escritor ilustre no podía, dadas sus cualidades, aspirar al coro inmortal donde se hallan los grandes pensadores como Conte y Bernardh; los grandes artistas como Hugo, Michelet y Renan; pero nadie le ha igualado en el arte difícilísimo de propagar las ideas nuevas y ejercer un verdadero apostolado en sabia y constante propaganda, la cual penetraba, como aire y luz del espíritu, en los abismos donde yace dormido el pensamiento de las esclavizadas muchedumbres. Penetrado de un liberalismo sistemático, sin excepciones ni distinguos, Laboulaye no ejerció la influencia propia de su talento por el error, hoy tan divulgado entre nosotros, de la indiferencia respecto á las formas de gobierno, cuyo error condújole, como de la ma-

no, á transigir como transigiera Ollivier en tan mal hora, y á olvidar que toda monarquía, y especialmente la monarquía imperial, es incompatible con la libertad en toda su extension y la democracia en toda su pureza. Tamaño error le arrebató su popularidad cuando más la necesitaba y cuando mayores servicios pudo prestar con su pluma y con su palabra en dias bien tristes y nefastos á la causa inmortal á que consagrara una inteligencia sin sombras y una vida sin mancha.

Otro escritor frances, Julio Sandeau, acaba de morir, escritor todo él candidez y dulzura, que la muerte no perdona, en su implacable igualdad, á nadie, y no se deja desarmar por las violencias de los fuertes ni por los reclamos de los débiles, guardando avara, sobre todos, su omnipotente autoridad y su incontrastable imperio. El escritor que acaba de morir á los setenta y dos años en el retiro de su biblioteca y en el apartamiento de su hogar, llamábase Julio Sandeau y era un verdadero miniaturista de la novela, seguramente atractivo por la nimiedad del dibujo y por la reduccion de los personajes á las menores dimensiones posibles, pareciéndose así todas sus obras á esas modestísimas joyas que las matronas de cierto recato y retiro se ponen al pecho sin ostentacion, como una sencilla reliquia de familia ó un recuerdo de dulce y perdurable amistad.

Sin embargo, escritor tan modesto y apocado tuvo amistad con un gran genio, con Honorato Balzac, y amor con otro gran genio, con la célebre Dudevant. Esta mujer extraordinaria le tomó las primeras letras de su apellido y se llamó en el mundo, y se llamará por siempre ante la Historia, Jorge Sand. Un año escribieron juntos. Algunas obras resultaron de la union de sus dos almas. Estas obras apénas eran leídas, ni mucho ménos compradas, tanto, que la pobre jóven debia cooperar á la manutencion de los dos colorando con pincelitos mojados en pastillas flores grabadas, no tan olientes ni tan hermosas como las que tenía en gérmen ó en capullo por los campos inmensos de su nativa y creadora fantasía. En tales obras de dos, toda la parte dulce y tierna, que hubiérase dicho pertenecer á la mujer, pertenecia de suyo al hombre; y toda la parte audaz y fuerte, que hubiérase dicho pertenecer al hombre, pertenecia de suyo á la mujer. Separados al poco tiempo, quizás porque ni sus inteligencias se comprendian mutuamente ni se completaban sus complexiones opuestas y contradictorias, Julio Sandeau se preservó él mismo y preservó á su amante de los escándalos que diera, por igual motivo y por la misma mujer, Musset, con sus celos, con sus caprichos, con sus embriagueces de cólera expansiva, con sus inmortales quejas de genio delirante y desgraciado.

Recluido en la Biblioteca Mazarina, escribió libros que parecían copias de los hogares y las familias de clase media en que naciera y se criara, ó dramas que parecían copias de sus novelas, escritas todas con exquisito gusto, en claro estilo y desarrolladas con método y medida, como cumpliera naturalmente á quien esquivaba discurrir por las cerúleas regiones, temeroso de no poder á sus anchas respirar allí donde solamente respiran las águilas verdaderas de la literatura y del arte. Yo le hablé mucho en casa de Legouvé, durante una velada literaria que diera éste en honor mio; y no podía creer á mis ojos, cuando me trasladaban á la mente aquel escritor, célebre por los primeros amores que inspirara, colocado en tan diverso lugar por mis ideas y por mis recuerdos. Un gran dolor moral ha precedido á los dolores materiales que han acabado con su vida, la muerte de un hijo, brillante oficial en la marina francesa. Desde este golpe no ha vuelto á levantar cabeza, muriendo de afectos puros é íntimos, como los que tratara por espacio de medio siglo en sus preciosas novelas. ¡Que haya encontrado en otra vida mejor la paz negada por el destino á los mortales en esta triste vida!

Dejemos á los muertos en su paz y vamos á los vivos en sus guerras. El Imperio alemán ha entrado, al fin y al cabo, como todos los Imperios, en

pleno socialismo. Yo he creído siempre las instituciones imperiales más propensas á la utopía socialista que las instituciones republicanas. Si alguna duda cupiera respecto á tan evidente verdad, ahuyentárala el rescripto postrero de autorizado escritor imperial, del Emperador de Alemania, que, no contento con haber querido amortizar en poder del Estado un monopolio tan importante como el monopolio de los tabacos, allí desestancados y libres, ha querido fundar, bajo su alta protección, cajas de socorro para los trabajadores inutilizados, como si el trabajo fuere una profesión militar y consintiese su naturaleza verdaderamente social y su innegable universalidad asimilarlo á instituciones puramente del organismo gubernamental y del Estado, como el ejército y sus escasos inválidos. El trabajo, como el cambio, es una función esencialmente social, y no cabe dentro de las reglamentaciones burocráticas, gravosas al trabajador en último término, por lo mucho que aumentan el presupuesto y embarazan á un mismo tiempo la producción y el consumo. Digo del socorro gubernamental á los trabajadores pobres, inscrito en el presupuesto y regulado por la Administración, lo que del crédito gratuito, tentador de suyo para la miseria, y puesto ante los ojos del trabajador como una engañosa esperanza por los comunistas de abolengo. El crédito gratuito no se puede conceder á

unos y negar á otros, hay que abrirlo para todos, pues de lo contrario, creándose privilegios absurdos, derogaríanse á una los principios de igualdad política encerrados en las Constituciones modernas. Pues si hay que abrirlo á todos, calculad el incalculable presupuesto necesario para tal operacion, los empleados que habriais de mantener para emprenderla y cumplirla, las reglamentaciones que habriais de urdir para facilitarla, el influjo permitido por tales larguezas al Estado y á sus representantes, la disminucion y aminoramiento del trabajo y sus productos, al lado de una burocracia y sus agentes que llegarían á verdadera omnipotencia y dispondrían de las elecciones como dispusieron los Césares en Roma, quienes se guardaron muy bien de abrogar las instituciones electivas, corrompiéronlas, ofreciendo á los electores las tierras públicas y su rendimiento, las *annonas* oficiales y su trigo. La carta del Emperador de Alemania es una copia servil de las conferencias de esos socialistas de la cátedra, para quienes hoy no tienen ningun valor la ciencia económica de la libertad, revelada en los comienzos de nuestro siglo al mundo, y mantenida por los espíritus superiores en todo el curso de nuestra gloriosísima centuria. Derogando las leyes naturales de la sociedad, sustitúyenlas con arbitrarias concepciones de secta y escuela que tientan á los fuertes y les dan medios de seducir,

para mejor avasallar, á los débiles. Pero es el caso que los trabajadores ya se hallan muy advertidos de todo cuanto contiene el socialismo de arriba y dispuestos á rechazarlo, sabiendo que tira, con pérfidos medios, más que á enriquecer su peculio y aumentar su derecho, á enriquecer el presupuesto y aumentar el poder de la incontrastable autoridad imperial.

Está visto, como tras el Emperador aparece á la continua el Canciller, está visto que sueña el Canciller con la utopia. Autor de obras milagrosas que parecían desmentir las leyes de la naturaleza y de la historia, todo lo juzga posible á su poder, con sólo ambicionarlo en su voluntad. Si el mísero feudo cedido en lote á la órden teutónica, confiante con las tierras eslavas, apartado de aquella Suabia que diera sus privilegiados hijos al mundo germánico, hase, á guisa de grandiosa y henchida nube, por todos los horizontes de Alemania extendido, llegando á formar el núcleo de la poderosa nacionalidad nueva, no indica tanta fortuna increíble, tal resultado maravilloso, consecuencias ni siquiera sospechadas ántes por el vulgo, que logre la sublime autoridad imperial, fautora de tal obra, romper las leyes naturales de la economía y distribuir por medios artificiosos los productos del capital y del trabajo, enriqueciendo á los pobres sin desdorar y empobrecer á los ricos.



Parece imposible; mas el pueblo germánico, autor del moderno individualismo, está, como pocos pueblos, tocado y enfermo de inclinaciones socialistas. Una parte considerable de su cuerpo docente ha fundado el socialismo de la cátedra, y otra parte considerable de su clerecía oficial ha fundado el socialismo de la Iglesia. Los catedráticos más conservadores hablan de la propiedad en el fraseo propio de los clubs más rojos, y los pastores más pietistas hablan de la pobreza y del pobre como los más exaltados reveladores de sistemas utópicos. Nosotros nada tendríamos que oponer á esto, si el socialismo de la imperial autoridad no se derivase inmediatamente del socialismo de la cátedra y de la Iglesia, que, aparentando endulzar la suerte de los pobres, extendió la autoridad de los reyes. Imposible parece la uniforme monotonía con que la historia se repite, y se reproduce, y á sí misma se copia de siglo en siglo y de gente en gente. La imperial autoridad de Germania en pleno siglo décimonono há menester, como la césarea autoridad de Roma en los pasados siglos, de numeroso ejército y de rendida plebe. La utopia socialista de Bismarck no es otra cosa más que la llama en cuyo ardor se dora la diadema del Imperio, para que parezca de oro esplendente y luminoso, cuando es de frio y pesado hierro.

No contento con la carta del Emperador ha re-

convenido Bismarck á las Cámaras por su pereza en controvertir y resolver los problemas sociales, como si las facultades del poder ejecutivo pudiesen llegar hasta inmiscuirse, con oficial y pública censura, en los actos del poder legislativo y parlamentario. Mas de antiguo ha contraído tal manía y no tienen medio los diputados de conjurarla. Nuevas incidencias y nuevas reconveniones han mostrado con irrefragable demostracion de que naturaleza es el socialismo de la cátedra, puesto en boga por las autoridades del Imperio. Dada la copia del poderoso ejército que Alemania tiene para conservar su predominio político en Europa, necesita distribuirlo en muchas regiones; y dada esta distribucion, alojarlo en grandes cuarteles; y dados estos cuarteles, asistirlos y proveerlos con todos los recursos indispensables á la colmena de tan grande y numeroso enjambre. Así, hay en todos estos cuarteles muy bien provistas cantinas, y en todas estas cantinas el vino, libre de las gabelas gravosas al general consumo; expéndese muy barato, arruinando á la industria y al comercio de los particulares, incapacitados para vencer y contrastar tan formidable concurrencia.

El diputado progresista Rischter hase creído en el deber de levantar su voz contra tamaño abuso, y ha vuelto por los derechos universales del ciudadano desconocidos en los fueros burocráticos